

NOTICIA DE CATALUÑA

ESTE es el título de un libro del historiador catalán Jaume Vicens Vives: **Noticia de Cataluña**. Visto el desconocimiento que padece la mayoría de ciudadanos del Estado Español sobre todo aquello que no va más allá de su estricta realidad geográfica, pienso que quizás lo mejor sería empezar a dar "noticias" de lo conocido. Tres o cuatro cartas de lectores no catalanes enviadas a **Triunfo** han hecho, últimamente, referencias a artículos míos sobre la cuestión catalana. Su tono, crispado, me ha preocupado. La tremenda lección de esos cuarenta años, en los cuales ha sido presentada una historia distorsionada e inauténtica, parece haber hecho mella en algunas mentalidades que se dicen de izquierdas y, más aún, "socialistas". Hay ciudadanos del Estado Español que prefieren el tóxico, el esquematismo, antes que indagar y aceptar que en España todo, o casi todo, está por hacer. Que estamos partiendo de cero. Uno de esos lectores, que firma Marcos Peña, dice dogmáticamente que "España es una realidad y no debe su mención regalarse a la derecha para su uso y abuso exclusivo". En el mismo número, César Alonso de los Ríos citaba frases de un libro de Pere Bosch Gimpera, el intelectual catalán que murió en el exilio y que habla conocido de cerca, cuando el gobierno de Negrín se trasladó a Barcelona en 1938, hasta qué punto nos desconocemos e ignoramos, sin voluntad o con ella, los diversos ciudadanos del Estado Español. Apenas acabada la guerra, Bosch Gimpera había escrito: "A diferencia de otros pueblos, España no está hecha". Pero Bosch Gimpera, indagador y lúcido, proseguía: "España existe y hay que buscarla". Una España por hacer, olvidada ya la que "desprecia cuanto ignora" de Machado, lejana aquella que hiciera pronunciar a Calvo Sotelo "prefiero una España roja antes que una España rota". Una nueva entidad, o federación de entidades, en que cada nuevo nombre respondiera, de verdad, a la realidad.

El mutuo desconocimiento, la lamentable confusión en que han incurrido algunos catalanes, identificando Castilla con el poder centralista desde Felipe II, ha llegado a crear en unos y otros, catalanes y no catalanes, complejos difíciles de definir. Los que se crispan antes de analizar, no se dan cuenta de un hecho importante: que hay un enemigo común capaz de aprovecharse de esas rivalidades, más psicológicas que reales, para seguir detentando el poder. En esas cartas he leído frases como que "se está

produciendo un genocidio cultural con los castellanos parlantes en Cataluña", genocidio organizado por los propios catalanes. Eso es lo que en catalán se llama "cornut i pagar el beure". Significa, entonces, que el pueblo catalán, que ha sufrido un auténtico genocidio cultural, además de ver casi aniquilada su propia cultura, atacada y perseguida su lengua, sin fuerzas, sin escuelas catalanas, sin periódicos en catalán, sin televisión en catalán, ha tenido brio suficiente como para "oprimir" culturalmente a su población inmigrada. ¿Es que no se sabe, fuera de Cataluña, que todavía no hay catalán obligatorio en la escuela y las horas programadas en televisión para Cataluña son ridículas? La ideología que sostenía el bando vencedor en 1939 practicó "genocidios culturales" en todos los pueblos del Estado Español, incluso en el castellano, por la

es única y tiende a homogeneizarse. El eslogan dado a conocer en tiempos de la República de que todo el que vive y trabaja en Cataluña es catalán no puede ser una farsa. Es necesario que se sientan "solidarios", obrero catalán y obrero inmigrado, en todo. El capitalismo catalán, además de extender sus tentáculos por todo el Estado, explota tanto al obrero catalán como al inmigrado, al campesino, a cualquier tipo de asalariado y también a los trabajadores de la cultura. ¿Quién se acuerda del campesinado catalán, de los pescadores que han tenido que abandonar la pesca y meterse en los inciertos negocios de las grandes barcas de arrastre, quién se acuerda de la "Cataluña pobre"? ¿Les gustará esa imagen de una Cataluña "superior", de una Cataluña satisfecha, a los que se van a ver afectados por el trasvase del Ebro, por ejemplo?

imágenes demagógicas con las que enfrentar Cataluña al resto de los pueblos hispánicos, e incluso alimentar el mito de la unidad patria, amenazada por "separatismos" egoístas y disgregadores. Hasta que no se me demuestre lo contrario, participan de este centralismo reaccionario aquellos que acusan a los catalanes de practicar "genocidios culturales" contra otros pueblos inmigrados que viven en Cataluña.

El hecho de que en Cataluña exista esta fuerte masa inmigrada no tiene por qué servir de enfrentamiento entre clase obrera y cuestión nacional. He oído varias veces el término de una Cataluña "binacional" y el señor Marcos Peña lo incluye en su carta. Binacional significa, si no me equivoco, una "nación dentro de la nación catalana", o dos "naciones paralelas". Así, habría una nación formada por inmigrantes andaluces, gallegos, asturianos o aragoneses. ¿Eso les va a gustar a los gallegos que viven en Cataluña, por ejemplo, expoliados de su nación, oprimidos desde todos los puntos de vista? Todos los inmigrantes necesitan más que nadie encontrarse en una tierra estable, con una cultura sólida, enraizada popularmente, una tierra que les acoja de verdad y no marginándolos en ghettos, distanciados de los catalanes, sin posibilidad de aprender su lengua y, también, sin medios para comunicarse y aportar a Cataluña su propia riqueza cultural. Otro tópico frecuente es que la cultura catalana es sustancialmente burguesa y, por descontado, "antiobrera". A finales de los sesenta, algunos hijos de la burguesía catalana, dejados llevar por el populismo y por su mala conciencia, afirmaron en las aulas universitarias que el "catalán es la lengua de la burguesía". Con el mismo esquematismo se les respondía: "Pues el castellano es la lengua de la policía". Afortunadamente, hoy estas tesis son ridículas incluso a los ojos de los que las preconizaban.

El sentimiento nacional catalán está enraizado de tal manera en las clases populares que sin ellas no hubiera sido posible un fenómeno como el de la "Asamblea de Catalunya", ni se hubiera organizado durante todo un verano esta larga excursión por los pueblos catalanes, llena de incidentes, porrazos, encarcelamientos y vejaciones, llamada la "Marxa de la llibertat". En cada pueblo, miles de manifestantes los esperaban. ¿Es ese senti-



simple razón de que cultura y fascismo son enemigos radicales. Para practicar cualquier tipo de genocidio hay que tener el poder, y el poder de Cataluña, la Generalitat, desapareció el 1 de abril de 1939. Claro que ha habido "genocidio cultural" contra los inmigrantes en Cataluña. Pero, ¿quién es el culpable sino el sistema político y social que los ha obligado a abandonar sus tierras, que los ha perseguido desde todos los puntos de vista, que los ha mantenido en el analfabetismo y los ha desarraigado de todo tipo de vida cultural?

En Cataluña, ¿hasta cuándo se tendrá que decir?, también hay clase obrera catalana, autóctona, doblemente explotada por el centralismo y por el capitalismo catalán. Pero, además, el hecho de que haya una fuerte masa inmigrada en Cataluña no quiere decir que se tengan que enfrentar la una contra la otra. A pesar de sus diferencias de origen, tenemos que empezar a pensar que la clase obrera catalana

El centralismo, cosa que no inventó el franquismo, ha creado un peso en ciertas mentalidades y, a pesar de que algunas se creen de izquierdas, no hacen nada por combatirlo. ¿Por qué? ¿Es que les da miedo la proliferación de exigencias de estatutos de autonomía? ¿Es que se van a sentir menos seguras "históricamente"? Hasta ahora, sólo los ciudadanos de segundo orden nos hemos sentido inseguros. Quién sabe si esa inseguridad compartida en todos los aspectos no sería sino un primer paso hacia la auténtica libertad compartida, hacia la absoluta igualdad de condiciones. A lo largo de toda nuestra historia moderna, la derecha reaccionaria ha sabido explotar hábilmente, y para su propio interés, el recelo y resentimiento espontáneos que engendra la situación de Cataluña, conocida como privilegiada. Por ser la comunidad más desarrollada, más culta, más "europea", ha sido fácil crear

miento nacional hijo solamente de la burguesía industrial, la única clase conocida, por lo que parece, fuera de Cataluña? Las clases populares son las que mantienen la cultura catalana, la clase obrera, los asalariados, los trabajadores de la cultura... y los inmigrantes. No sé si fuera de Cataluña se sabe que eran obreros inmigrantes muchos de los que fueron a parar a la cárcel durante las manifestaciones del once de septiembre (día en que Cataluña perdió su libertad frente a Felipe V y sus tropas), mucho antes de que los momotombos de cierta burguesía "liberal" catalana salieran de sus madrigueras para volver a cantar ufanosamente las "glorias de Catalunya". No sé si fuera de Cataluña se sabe, puestos a dar "noticias", que el Estatut de Nuria fue votado en 1931, con más de medio millón de votos a favor, apenas tres mil votos en contra y con más de cien mil adhesiones firmadas por inmigrantes. El Estatut de Nuria, recortado luego por las Cortes Españolas en 1932, afirmaba que "Cataluña es un estado autónomo dentro de la República Española", luego, en 1932, pasaría a ser "región". Los inmigrantes también se adhieron al capítulo quinto, donde se decía que la lengua catalana sería la oficial en Cataluña (con libertad para que los castellanos parlantes pudiesen usar el castellano ante los tribunales y los órganos administrativos de la Generalitat). No votaban, pues, una Cataluña "bilingüe". Votaban una Cataluña "libre", donde ellos pensaban vivir sin retenciones, sin discriminación alguna.

Se me puede decir: "Antes que vuestras reivindicaciones nacionales, es la opresión jornalero andaluz". Esto es, simplemente, demagogia. En el difícil combate por la libertad no hay sistema de prioridades. Por supuesto que, si funciona correctamente nuestro engranaje solidario, juzgaremos más acuciante la opresión económica y social que no la cultural. Pero no es válido establecer competencias entre unas y otras. Por otra parte, ¿es que puede un campesino andaluz saciar su hambre sin un programa autonomista que lo respalde? Además, en nuestro caso, la aludida subestimación deja de lado un hecho fundamental: que son los mismos los que han consolidado el poder de la oligarquía latifundista andaluza y el poder del centralismo anticatalán, antigallego y antivasco. Por esto, el más misero de los jornaleros andaluces pueden sentirse atraído, si hay antes una honesta labor de información, por la alianza con los catalanes que luchan por su libertad nacional. No

puedo imaginarme un socialista que desatienda las reivindicaciones nacionales, ni un "varón" de izquierdas que olvide la lucha por la liberación de la mujer si se me permite ampliar la cuestión a otros terrenos.

En la entrevista mía con Solé Barberá, uno de esos lectores me acusaba de querer enfrentar al PSUC con el PCE. No pretendí en ningún momento oponer esos dos partidos sino dar relieve a algo que es, me parece, una evidencia: fuera de Cataluña se ignora casi todo de Cataluña, incluso que el partido comunista catalán se llama PSUC. Y no quiero particularizar la cuestión en Cataluña: ¿qué se sabe de Eus-

kadi, de Galicia, del País Valenciano, de Andalucía, qué nos han dado a conocer durante todos estos años sino folklore puro? La mayoría de la información se extiende por todo el ruedo ibérico, excluido Portugal, a través del prisma de Madrid. No voy a culpar de ello al "pueblo de Madrid", pero sí a aquellos que, deformados por cuarenta años de historia, no han aprendido, todavía, a indagar, a inquirir, a buscar. No han aprendido, todavía, que indagar es el primer paso para comprender. Antonio Machado, refugiado durante la guerra en Barcelona, escribió un artículo para *La Vanguardia*, donde, lúcida y sabiamente, daba cuenta de su

error, de haber ignorado la realidad catalana hasta entonces, hasta haber pisado Cataluña. Palmiro Togliatti, cuando los republicanos estaban a punto de evacuar Barcelona, fue encontrado por un compañero que lo buscaba con un libro en las manos: era una gramática catalana. Se estaba retrasando porque quería acabar de aprender nuestra lengua. Estos dos ejemplos honran a sus protagonistas. Los dos habían luchado por una nueva sociedad en donde no fueran posibles estos conflictos que ahora, por el momento dialécticamente, vuelvan a surgir. ¿Somos tan absurdamente estúpidos que olvidamos estas lecciones? ■ MONTSERRAT ROIG

HABLAR EN CATALAN

LA polémica que con frecuencia aparece en TRIUNFO sobre las nacionalidades supone una actitud nueva hacia la información. Pienso que, hasta ahora, estábamos ante una postura de recepción pasiva, acrítica, del caudal informativo. La intención de estas líneas, por encima del mayor o menor acierto de sus tesis, es contribuir a un enfoque más dialéctico de los conceptos que suelen utilizarse al hablar del problema catalán.

Para acotarme una parcela de la realidad, desde la que poder hacer algunas aproximaciones a la cuestión, me voy a centrar en el aspecto lingüístico y cultural. Después de haber vivido cuatro años en Barcelona, hay planteamientos que encuentro poco claros; y, sinceramente, la información que la prensa proporciona no contribuye a despejar mis interrogantes.

Con objeto de dejar clara mi postura, diré que, dado que en Cataluña viven, aproximadamente, 3,3 millones de catalanes (que constituyen, también aproximadamente el 60 por 100 de la población de la región), los cuales poseen una lengua propia, es obvio que esta lengua debe cultivarse, enseñarse y protegerse.

Lamentablemente, aún subsisten factores que frenan el pleno desenvolvimiento de la lengua y, por tanto, de la cultura. Todos ellos, a mi juicio, de tipo administrativo y emanados de una concepción totalitaria del Estado y de la Historia. La superación de estas trabas exige escuelas catalanas con maestros catalanes y con enseñanza en catalán; Universidad catalana; cooficia-

lidad, etc. Para mí es indudable que, dada la justeza de la causa, todas las fuerzas democráticas españolas deben hacer suyas las reivindicaciones catalanas, especialmente la normalización lingüística. Y es lógico que en primera fila figuren los inmigrantes, porque viven más cerca de esta problemática (en realidad, no se trata sólo de inmigrantes, ya que parte de los llamados así nunca emigraron a ninguna parte, puesto que ya nacieron en Cataluña; por otra parte, no se puede olvidar que hay un nutrido grupo de profesionales y burgueses de lengua materna castellana; por ello, lo mejor es hablar de castellanohablantes cuando se quiera aludir a niveles lingüísticos y no de clase).

Ahora bien, ¿qué ocurre con el 40 por 100 restante, cuya lengua y cultura no son catalanas? Esos 2,2 millones de hombres y mujeres forman la otra nacionalidad que puebla las tierras catalanas; y su mera existencia impone la constatación de un hecho simple, pero que parece olvidarse con frecuencia: Cataluña es un ámbito geográfico binacional. Por tanto, el problema nacional catalán no es un problema, sino dos problemas nacionales. Uno, el de las relaciones de la nacionalidad catalana con el resto de España, y otro, el de las relaciones entre las dos comunidades nacionales dentro de Cataluña.

La comunidad castellana en Cataluña (usaremos a efectos prácticos, "castellano" por "castellano-parlante"); después de todo, es una metonimia de uso popular en la región, donde se llama castellano a todo el que no es catalán) tiene,

obviamente, unos intereses. Los económicos y políticos dependen de la clase social a la que se pertenece, pero los lingüísticos y culturales, cuyo desenvolvimiento permitirá a esa comunidad conservar y desarrollar su identidad propia, son peculiares.

Creo que es importante conocer lo que se piensa en Cataluña sobre la cuestión, y saber si los catalanes sienten preocupación por los intereses culturales de los castellanos de la región. Para empezar, intentaremos seguir el hilo de la cuestión, tal y como la ve Francesc Vallverdú, especialista en Sociolingüística. En la página 83 de "Ensayos sobre bilingüismo", establece que, "en todo caso, como sea que el factor 'prodiglosico' socialmente más importante es la presencia de una compacta masa no catalana, todo el mundo está de acuerdo en que hay que centrar los esfuerzos colectivos en esta dirección". Recordemos que se entiende por "diglosia" la situación social que comporta la coexistencia de dos lenguas, de las que una de ellas desempeña la función alta, para la vida cultural y oficial y la otra queda para la comunicación oral, ordinaria o familiar. Pues bien, de aquí parte el resto de actitudes sobre el tema. De que se valora la inmigración como un factor prodiglosico. Lo que equivale a considerarla como un enemigo de la normalización de la lengua catalana.

Esta concepción es, a mi juicio, errónea y peligrosa. Peligrosa porque las reacciones más probables ante lo que se supone un enemigo, serán de agresividad y errónea por-